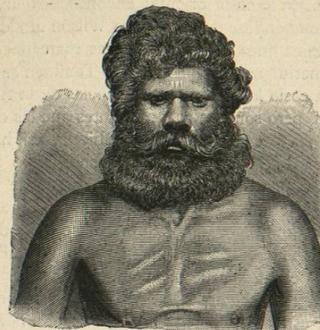


esta leyenda, la califica con razón de fábula de la política real y verdadera: el anciano Sam-Sam, á quien la tradición hace salir milagrosamente del río, es un ambicioso que con su santidad, justicia y sabiduría consigue influencia y obliga á una porción de aldeas á que espontáneamente le reconozcan como caudillo. Su hijo extiende y fortalece la soberanía. Pero en las generaciones siguientes, el orgullo, la tiranía y la intemperancia comienzan su obra de destrucción en este edificio político; los caudillos oprimidos aprovechan el momento en que el gobierno está en unas manos débiles y unidos por un mismo pensamiento se declaran independientes; es decir el antiguo caos, el pantano político de donde salió Sam Sam devora aquel joven organismo político.

Los haussas que según Barth no tienen de los rasgos exteriores propios del negro sino los cabellos y la piel y que se distinguen de los mismos kanuris por su fisonomía más regular y por sus formas más bellas, no son un pueblo histórico como los mandingos y fulbas fundadores de imperios; pero no por esto es su pasado menos rico y menos grandioso, por más que todo el tiempo anterior á la mitad del siglo décimosexto esté envuelto en tinieblas y por más que la difusión del idioma haussa permita sospechar hasta

dónde se extendió en otro tiempo el poderío de estas tribus. En el oasis de Air ó Asben, es todavía el haussa el idioma dominante, á pesar de estar este territorio sojuzgado, desde que la historia lo conoce, por los tuaregs: desde este punto y dirigiéndose hacia el Sud, la lengua haussa es la lengua popular en los siete Estados haussas propiamente dichos (Kano, Katsena, Daura y otros), é impera como idioma de los gobernantes en los siete Estados haussas bastardos (Yoruba, Kororofa, Yauri y otros): como idioma mercantil es usado en el lado occidental del Níger, en el bajo Níger hasta Badagry y además en la orilla meridional del lago Tsad. Los haussas llevan también impreso el sello de una antigua civilización en su laboriosidad, su destreza y su confianza. Son los mejores ganaderos de todo el país del Níger y para los ingleses de la costa occidental vienen á ser lo que los makarakas son para los egipcios en el territorio del alto Nilo. Inglaterra, en vista de lo bien que se portaron los haussas durante la guerra aschanti, sostiene en sus colonias del Oeste de Africa un cuerpo de policía haussa. Los oficiales procedentes de este pueblo han conseguido educarse en Europa y la Sociedad Internacional del Congo recluta entre los haussas los elementos de más confianza para sus fuerzas militares.



Belly-Bull y Emma Dugal, sudafricanos (de fotografía que posee el misionero Reichert, en Herrnhut).

## LOS PUEBLOS NATURALES DEL OCEANO PACÍFICO Y DEL OCEANO ÍNDICO

### LIBRO CUARTO

#### AUSTRALIANOS

##### CAPÍTULO PRIMERO

###### SITUACIÓN Y NATURALEZA DE LA AUSTRALIA

«La situación de Australia no permite abrigar duda alguna de que donde quiera que en este país aparezca una relación, ésta sólo puede referirse al Asia.»

\*\*

La circunstancia de ser este un país extremo y marginal es desfavorable á la civilización. — División relativamente rica. — Configuración del suelo. — Distribución de aguas pobre é irregular. — Lagos, manantiales, riqueza de sal. — Sequedad del clima. — Vegetales. — Bosques y estepas. — Plantas características. — Plantas útiles. — Escasa utilidad de la fauna australiana.

Si hemos de apreciar la situación de Australia desde el punto de vista de su acción sobre los hombres y su civilización, habremos de calificarla, en primer término, de situación extrema ó marginal. La Australia abarca el borde Sudeste de la antigua y universal confederación territorial que comprende Europa, Asia y Africa y ofrece, por tanto, hacia el Sud regiones inhabitadas é inhabitables y hacia el Este el Océano Pacífico sembrado de islas, numerosas sí, pero con una superficie total excesivamente pequeña. Esta situación, como tantas otras circunstancias naturales de Australia y no en último término la población, trae á la memoria el modo de ser de Africa y especialmente del Sud de Africa, pues esta parte de la tierra también confina al Sud con el vacío y tiene al Oeste un Océano menos vasto y por ende más pobre en islas. Estos lados de esta parte de la tierra que miran al vacío son muertos desde el punto de vista histórico y en lo que nuestras noticias alcanzan; sus habitantes poco versados en la navegación marítima no han tenido importancia alguna hasta que hace pocos

siglos la navegación oceánica ha llevado á ellos desde lejanas costas el comercio y la colonización. A pesar de esto, esos países están reducidos al comercio con tierras remotas, careciendo por completo de un animado tráfico interior de cambio entre los pueblos que en tan próxima vecindad unos de otros los habitan. Australia, la más insular de las partes del globo, posee más que ninguna otra estas costas vacías que cuando menos no son propicias á la civilización y el poco desarrollo de la navegación aun entre los pueblos vecinos es causa de que sólo la parte Norte y Noroeste pueda ser considerada como región en donde reinen un tráfico y un cambio animado de unos á otros pueblos. Esta situación libre, por otra parte, no permite abrigar duda alguna de que donde quiera que en Australia aparezca una relación con otras partes de la tierra, ésta sólo puede referirse al Asia, y en efecto, los pocos casos en que nos es dado seguir esta clase de relaciones, como por ejemplo en la importación de ciertas plantas y animales, siempre vemos que se refieren al Asia, lo cual nos da derecho á considerar á Australia, á pesar de su aislamiento, en algunos conceptos como parte del antiguo mundo, manera de ver que sólo puede ser especialmente útil desde el punto de vista etnográfico. La Australia podemos considerarla, en lo que afecta á la población humana con grandes probabilidades de certeza y en lo que toca á las relaciones con nuestra actual civilización con toda seguridad, como la parte más sudoriental del antiguo mundo y sobre todo como anexo del Asia. Desde el primer punto de vista, la Australia está con respecto del antiguo mundo en la misma relación que Melanesia ó Polinesia.

Si estudiamos las distancias que separan á la Australia de las vecinas partes de la tierra, veremos que 250 millas la separan de la Nueva Zelandia, algunas más de las islas Fidji, 180 de Borneo y 400 del extremo Sud del Asia. Desde Sidney á Nueva Zelandia y á Fidji hay 6 y 7 y  $\frac{1}{2}$  días

respectivamente; desde Singapur á Puerto Darwin 10; desde Punta de Gales á la bahía del Rey Jorge 14. De las islas de la Sonda, la más próxima, Timor, está á 75 millas de distancia; de las partes del globo, Asia y Europa son respectivamente la más próxima y la más apartada de Australia. Una primera ojeada sobre esta situación y estas distancias nos da á comprender desde luego que los habitantes humanos de la Australia estuvieron reducidos, mientras no conocieron la navegación, á su propio territorio y que con la navegación primitiva sólo pudieron llegar al Asia y aun no más que á las partes orientales del Archipiélago malayo. Su civilización ostenta, en primer lugar el carácter de aislamiento y cuando en ellos aparecen comunicaciones con el mundo no australiano, nuestra vista se ha de dirigir principalmente al Asia.

¿Hasta qué punto puede la variedad interna de esta situación suplir esta mala disposición de las relaciones con las demás partes del globo? La división de Australia es, teniendo en cuenta la poca extensión de ésta, más considerable que la de la otra parte del globo del hemisferio meridional. Si empezamos por estudiar su principal división, las dos solas islas de Tasmania y de Nueva Guinea —aquella con 1233 y ésta con 14,673 millas cuadradas— son más grandes que todas las que rodean el África y aun más que las que aparecen en la América del Sud. Además, posee la costa un número considerable de islas en parte de notable extensión, como la de los Kanguros, delante del golfo de San Vicente; el grupo de Fourneaux, las de la bahía Moreton, los innumerables islotes del arrecife Barrière en la costa Nordeste y del estrecho de Torres, las islas del golfo Carpentaria (Groote Eylandt, isla Mornington y otras), la isla Melville, los islotes del mar de Timor y finalmente la isla de Dirk Hartog en la punta más saliente de la costa occidental. La división en penínsulas es también considerable, apareciendo más marcada que en ninguna otra parte en el lado Norte, en donde hay la península muy saliente de York y la de Norte-Australia con su apéndice la de Koberg. La costa Noroeste está dividida en varias penínsulas, la mayor de las cuales es Dampierland. El perímetro de las costas de Australia, con Tasmania, pero sin Nueva Guinea, ha sido calculado en 1940 millas geográficas, de lo cual resultarían 71 millas cuadradas por cada milla lineal de costa. Esto daría por resultado un desarrollo de costas la mitad menor que el de Alemania. Si excluimos de la cuenta Nueva Guinea, que generalmente no entra en la de Australia, resultará siempre esta parte de la tierra mucho más accidentada que América y África. Por esta razón hemos de buscar la causa del atraso de su civilización no sólo en su situación, sino también en otras influencias. Por lo demás, para apreciar el tráfico que desde las costas de Australia podía hacerse hay que tener presente que una gran extensión de éstas pertenece á las partes más yermas y apenas habitables del país. El que siga por ejemplo á Eyres en su viaje á lo largo de la costa del Sud de Australia hasta la punta Sudoeste de esta parte del globo, no concederá importancia alguna á esta playa inhabitable, sea cual fuere la naturaleza de la misma, desde el punto de vista del comercio de altura y por ende de las relaciones de civilización que van mucho más lejos.

La configuración del suelo australiano denota, al primer golpe de vista, pobreza y uniformidad: esta parte del globo está desprovista de montañas altas propiamente dichas y las que en ella merecen el nombre de tales son de reducida extensión, y si bien no faltan llanuras, colinas y mesetas, éstos accidentes se desarrollan en muy limitadas proporciones, de suerte que difícilmente podríamos señalar en su

suelo comarcas perfectamente deslindadas y separadas geográficamente. El terreno se eleva de Oeste á Este y de Sud á Norte. En la costa oriental encontramos una cordillera que extendiéndose desde el cabo Wilson al cabo York forma la única línea divisoria de aguas marcada desde el extremo meridional al septentrional. También se encuentran hacia la costa las más altas eminencias de la Australia occidental, pero son menos importantes que las del Este. En cambio, el país se presenta tan abierto, así hacia el Sud como hacia el Norte, que muy pronto hubo de desvanecerse el fantasma antiguamente acariciado de un mar australiano interior. Una gran parte del Norte y del Noroeste está constituida por una llanura que se eleva desde el mar en suave pendiente y que en sus 50 ó 60 millas geográficas hacia el interior alcanza como altura máxima la de 500 á 600 metros. Algunos ríos de velocidad uniforme descienden por este talud, desbordándose cuando llega el tiempo de los aguaceros tropicales por efecto de la inclinación regular y lenta del terreno. Por el Norte, el país también se va elevando lentamente hasta la línea divisoria de aguas, pero sin internarse mucho, de modo que el Barku, afluente de los lagos meridionales que corre haciendo grandes rodeos y con muy escasa pendiente, puede cruzar con sus dudosos afluentes una tercera parte del interior. La región de los lagos á donde ese río lleva sus aguas no se eleva gran cosa sobre el nivel del mar; en efecto, desde el golfo de Spencer se suceden por el Norte y por el Noroeste bajas depresiones de terreno, poco más altas que el nivel del mar, que al llegar al interior están separadas unas de otras por altillos de poca elevación. En una de estas depresiones se encuentra el lago de Torrens, en la inmediata cordillera del lago Dutton y en la tercera el lago Gairdner con sus lagunas y lagos anejos. La existencia de dunas entre los lagos y en las orillas de éstos y de superficies pedregosas parecidas á las que se ven en las planas marinas y la naturaleza salobre del suelo, son otras tantas cualidades generales de esta región.

El carácter fundamental de la hidrografía de Australia consiste en la escasez y en la extensión limitada; aquélla procede de la pobreza de aguas que es general en el continente, ésta de la situación del mismo expuesta á los monzones del Sudeste y de la circunstancia de no aparecer muy desarrollada la división orográfica más que en el lado sud-oriental. Por esto sólo hay un sistema hidrográfico de notable importancia, á saber, el del Murray: el territorio de las fuentes de este río abarca toda la vertiente occidental de la cordillera del Este desde Nueva Gales del Sud hasta Queenslandia. Este sistema se compone de un sistema meridional, el Murray propiamente dicho al que van á parar el Lachlan y el Murrumbidschi, y de otro septentrional, el Darling, cuyas fuentes están en los 25° de latitud Sud, siendo por lo mismo el brazo más largo aunque el menos caudaloso, de suerte que sólo es navegable en grandes proporciones durante la marea alta en que los buques pueden llegar hasta la confluencia del Namoi y el Barán (en Walgett). Los territorios del Norte y del Nordeste, en donde las lluvias van siendo cada vez más abundantes, tienen corrientes numerosas de considerable anchura, entre las cuales figuran en primera línea las del Flinders y del Victoria, pero carecen de un río propiamente dicho. Hay una porción de riachuelos navegables en una extensión de unas 24 millas hacia el interior, pero ninguno alcanza á penetrar en el verdadero corazón del territorio. Menos condiciones favorables desde el punto de vista de las lluvias ofrece todavía el lado occidental de esta parte de la tierra, pues las muchas corrientes que aparecen pintadas en los mapas no existen en realidad,

pudiendo decirse lo mismo, y aun en más alto grado de los ríos del interior, en donde sólo en determinados y muy cortos períodos del año aparecen llenos los lechos pluviales. Esta irregularidad en las condiciones del país y de su población en lo relativo á elementos tan necesarios para la vida como el aire mismo, es un hecho positivo no sólo de la climatología sino también de la etnografía de Australia. Ya veremos cuán íntimamente ligada está la existencia de los pueblos indígenas con estos efímeros hilos de agua y puntos llenos de manantiales que más claramente que ningún otro fenómeno de la naturaleza se reflejan en la vida del pueblo. ¡Cuánta dependencia impone esto sólo y cuán insegura es allí toda la vida! Las grandes masas de agua llenas de esperanzas se secan muy rápidamente. Stuart creyó haber encontrado en el Newcastle Water de la llanura Sturt — que tiene 150 metros de ancho por 5 de profundidad — la fuente de un afluente del Victoria River y con ella un camino hacia el mar, pero esta corriente se convertía á unas tres millas geográficas del extremo oriental de la cuenca, en una serie de pantanos y 4 millas más allá se perdía por completo. Y por otra parte oíase lo que el Mayor Warburton dice hablando de las llanuras del bajo Barku: «Quien quiera atravesarlo examine antes el cielo, pues el que se viera allí sorprendido por un fuerte aguacero perecería casi irremisiblemente. Aun en los momentos en que está seco, el cabalgar por él no deja de ofrecer sus dificultades y sus peligros; tan cortado y blando se presenta su suelo. Cuando está húmedo, ha de ser punto menos que imposible para hombres y para caballos moverse en él.» Los cambios que experimentan las corrientes de los ríos son extraordinarios, aun en los lechos de los ríos grandes, y hacen en extremo insegura la permanencia en vastos territorios si no se adoptan precauciones con carácter de firmeza para contener las inundaciones de las épocas húmedas por medio de lagos artificiales. En la época seca, F. Gregory vió que el lecho del río Ashburton tenía 70 metros de ancho y encerraba algunos aguazales, pero se han encontrado huellas que demuestran que durante el período de lluvias del verano las aguas alcanzan una anchura de 300 á 600 metros y una profundidad de 12 á 18. El cambio de inundación á sequedad hace que grandes extensiones de terreno sean yermas y desiertas y esto es de tanta mayor influencia cuanto que á esta variación están sometidos los mismos lagos. Warburton dice con referencia al lecho del lago Eyre en el punto en que en él desemboca el Barku: «El lecho seco del lago Eyre se ofrece á nuestra vista terrible en su silencio parecido al de la muerte y en la vasta extensión de sus yermos no interrumpidos. Poner el pie en el suelo del mismo equivaldría á despedirse de la comunidad de los seres vivientes. No sabía, en realidad, si lo que delante de mí tenía era tierra, agua ó cielo.»

La presencia de antiguos lechos de lagos es un fenómeno muy frecuente. A principios del año 1850 no existía todavía en Nueva Gales del Sud el lago Jorge que hoy tiene 24 millas inglesas de largo por 7 de ancho: en 1852 sólo había un pantano en donde más tarde tenía el agua una profundidad de 8 metros. En los bancales de las inmediaciones existen pruebas de que el lago existió ya anteriormente; pero de esto debe hacer más de un siglo, pues las orillas de aquél están formadas por árboles de bosques que son más antiguos y que hoy aparecen en parte sumergidos en el agua. De este hecho no debe deducirse que el clima haya mejorado constantemente, pues precisamente ofrecen se con frecuencia ejemplos de lo contrario: entre estos podemos citar el de Stuart que al Norte de Watson Creek y á los 18° aproximadamente de latitud Sud, atravesó una lla-

nura cubierta de hierba, llena de profundas grietas y agujeros que la espesura de la vegetación hacía tanto más peligrosos. La abundancia de tierras de aluvión y los montones de moluscos de las aguas del Sud no dejan duda alguna de que esta llanura no es más que un lago seco, cuyas aguas debieron escurrirse por alguna salida subterránea, pues todo aquel territorio estaba faltar de agua por completo. Por regla general, queda siempre agua á cierta profundidad y sin embargo las regiones lacustres constituyen uno de los puntos más habitables y de más porvenir de la Australia, pues á pesar de ser en sí salinosos, aparecen á menudo en sus alrededores manantiales de agua dulce cuyas corrientes van á parar á estos puntos más profundos. Junto á los grandes lagos hay millares de lagos pequeños que pueden ser de gran importancia el día en que de ellos se apodere la agricultura. La conservación de los lagos existentes y la creación de otros nuevos es una de las principales tareas del cultivo en Australia. En las épocas de humedad se forman lagos nuevos y la agricultura ha sabido utilizar este fenómeno para construirlos artificiales, de los cuales hay un gran número en la Australia meridional que, una vez llenos, aseguran provisión de agua para años.

La naturaleza salobre del suelo contribuye en esta, como en todas las comarcas áridas, á hacerla más desierta: los terrenos yermos no son generales ni permanentes, pero siempre predominan. Bajo este concepto ejercen también su influencia las estaciones del año. H. Babbage, después de su expedición á Gairdner y al lago Torrens (1858), sostenía que los lagos de aquellas comarcas eran de agua dulce en los casos excepcionales en que caían lluvias suficientes para que las aguas adquirieran cierta profundidad, pero que en «circunstancias normales y por su misma naturaleza eran salados.» Los lechos de los ríos cuanto más bajan, tanto más salados son. En el territorio del bajo Barku el suelo es tan salado que Warburton pudo decir: «El río ofrece tanta agua salada como dulce, pero la primera predomina en alto grado sobre la segunda.» Cuanto más se desciende, así en los ríos como en los torrentes, tanto más salada es el agua, pero á algunos pies de profundidad encuéntrase por regla general agua dulce junto á los pantanos de agua salobre. En los lechos secos se ven grandes cantidades de sal; tal sucede, por ejemplo, en Manuwalkanino, en el lago Torrens. Dadas todas estas circunstancias, el agua enteramente dulce constituye una rareza. «¡Agua buena! — dice uno de los misioneros hermannsburgueses del bajo Barku. — Esto, sin embargo, ha de entenderse en el sentido australiano, pues lo que en la patria se tiene por agua mala, aquí pasa como buena y la que aquí se califica de mala es la que en aquélla no se puede en manera alguna beber.» La riqueza salinosa limita la vegetación y crea en el interior comarcas que recuerdan las áridas costas. Giles, por ejemplo, encontró en el primer camino que siguió al través de la Australia occidental lagos de sal con islas formadas por colinas de arena de las dunas.

Teniendo en cuenta que con la magnitud de los continentes está íntimamente enlazada la variedad interna que principalmente se desarrolla en una serie de zonas diferentes debidas á la diversidad climatológica, es natural que el más pequeño de aquéllos, la Australia, sea el más uniforme desde el punto de vista del clima, dejando á un lado Tasmania y Nueva Guinea. El clima de Australia se distingue especialmente por lo seco, de suerte que la uniformidad de que acabamos de hacer mención aparece desgraciadamente en la tendencia más desdichada: el país pertenece en tan gran parte á la región de los monzones que las porciones septentrional y sudoriental del mismo que reciben la hume-